

DIOS CREADOR

CAPÍTULO IV.

LA PURIFICACIÓN DE LA FE EN EL DESTIERRO Y LA FORMULACIÓN DE LA FE EN DIOS CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA



Plan de formación para los Catequistas

Diócesis de Getafe (Noviembre 2009)

Año 2 / vol. 4

CAPÍTULO IV.

LA PURIFICACIÓN DE LA FE EN EL DESTIERRO Y LA FORMULACIÓN DE LA FE EN DIOS CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA.

1. INTRODUCCIÓN: DIOS DIRIGE LA MIRADA DE SU PUEBLO HACIA EL TODO. ÉL ES EL SOBERANO NO SÓLO DE ISRAEL, SINO DEL UNIVERSO Y DE LA HISTORIA, DE TODOS LOS PUEBLOS Y DE TODOS LOS HOMBRES.
2. LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN Y LA DEPORTACIÓN
3. PURIFICACIÓN E ILUMINACIÓN DE LA FE DEL PUEBLO DE DIOS
4. EL RELATO DE GÉNESIS 1,1-2,4a

1. INTRODUCCIÓN:

**DIOS DIRIGE LA MIRADA DE SU PUEBLO HACIA EL TODO.
ÉL ES EL SOBERANO NO SÓLO DE ISRAEL, SINO DEL
UNIVERSO Y DE LA HISTORIA, DE TODOS LOS PUEBLOS Y
DE TODOS LOS HOMBRES.**

Como vimos en el capítulo III, cuando Dios revela su cercanía personal a Israel (“Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob” –Ex 3,15–), lo hace manifestando, al mismo tiempo, que él no es un ídolo que ellos puedan manipular y usar, como los otros “dioses”. Él siempre es más grande, siempre está más allá. No tiene un nombre como los demás dioses porque, en realidad, es muy distinto de todos ellos. Él es el verdadero Dios, que está más allá de lo que el hombre puede ver, imaginar o nombrar. Él es el que realmente es (“Yo soy el que soy” –Ex 3,14–).

Justamente el valor de la revelación a Israel radica en esta identificación del Dios verdadero, el que está más allá de todas las cosas, es decir, el Dios trascendente, con el Dios que se ha hecho cercano, del Dios que se ha hecho “su Dios”, el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, el Dios de los hombres. El Dios que se revela y se compromete con la descendencia de Abraham es el verdadero Dios, el que está más allá de cualquier posibilidad e intento humano.

Pero el Dios que es más grande que todo lo que podemos desear, imaginar, tocar, pensar o amar, no podía haber sido alcanzado de una única zancada, con un único paso en la historia. El camino de la revelación de Dios, de la verdadera comunión del hombre con él, distaba mucho de haber terminado.

En la promesa hecha a Abraham ya se expresaba que aquel diálogo amistoso entre Dios y Abraham alcanzaría a todos los hombres: “por ti se bendecirán todos los pueblos” (Gn 12,3).

La etapa de la revelación de Dios que vamos a abordar será crucial para que Israel pueda afirmar con claridad, entre otras cosas, que el Dios Absoluto, el Dios de sus padres, su Dios, no es sólo el Dios de un pequeño pueblo del Próximo Oriente, sino Aquel que da razón de la existencia de todo y de todos: “Entonces pudo comprender que el Dios de Israel... estaba sobre tierras y pueblos. Y esto porque él mismo había creado el cielo y la tierra”¹.

Dios es quien conduce la historia de todos los pueblos hacia un punto que sólo él conoce. Al llamar a Abraham lo sacó de su pequeño horizonte vital (“sal de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre...” –Gn 12,1–), pero donde él mismo podía conducirse, y le dio un horizonte mucho más amplio (“por ti se bendecirán todos los pueblos” –Gn 12,3–), pero dónde sólo podía

¹ JOSEPH RATZINGER, *En el principio creó Dios*. (Valencia, 2001) 24

ser conducido por Dios (“... a la tierra que yo te mostraré” –Gn 12,1–). También Israel es sacado ahora de su horizonte vital y es obligado a ponerse en manos de Dios, en un horizonte más amplio que él no puede controlar. Es un horizonte que implica a todos los hombres y al universo entero. Eso sólo es posible, porque su Dios es el Dios creador del “cielo y de la tierra”, es decir, el creador de todo. Aún no podrá atisbar hasta dónde llega el plan de Dios, su verdadero destino, su verdadero significado en la historia. Pero aprenderá que Dios, creador de todo, conduce la historia hacia un punto que sólo el conoce. Ese punto que, siglos después, san Pablo identificará con Cristo: “Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley y para conceder la filiación adoptiva” (Gal 4,4)

2. LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN Y LA DEPORTACIÓN

Este paso hacia la comunión con el Dios verdadero, habrá de darlo Israel en medio de un dolor y de una confusión que difícilmente podemos nosotros imaginar: es el período de la deportación de Babilonia.

El primer libro de Samuel es testigo de una promesa de Dios a David, que tendrá gran importancia para David, para

Israel y también para el pueblo cristiano: “Y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. Él constituirá una casa para mi Nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él padre y él será para mí hijo. Si hace mal, le castigaré con vara de hombres y con golpes de hombres, pero no apartaré de él mi amor, como lo aparté de Saúl a quien quité de delante de mí. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme, eternamente.» (2Sam 7,12-16)

A la muerte de David (año 961 a. C.), su hijo Salomón construyó el Templo de Jerusalén. Desde entonces Judá tuvo la certeza de que el Templo y la sucesión de David permanecerían para siempre y que con ello estaba asegurada la supervivencia de la nación.

Sin embargo, al tiempo que esta certeza se afianzaba, Israel sucumbía al atractivo de los ídolos de los pueblos vecinos. Con estos nuevos dioses el horizonte del hombre volvía a reducirse. Uno debía olvidarse de hacer de Dios su esperanza. Debía reducir su esperanza a pequeñas cosas: la fertilidad de la tierra y la fecundidad del ganado, su parentela, su fortuna, la supervivencia, el disfrute efímero de la vida... Pero, a cambio, seguía siendo dueño de su vida, no tenía que estar en manos de

“Otro”, no tenía que estar pendiente de lo que “Otro” mandaba. Los ídolos tan sólo exigían un “pequeño culto”, aunque a veces este “pequeño culto” consistiera en el sacrificio de un hijo. Ejecutado el ritual, uno era dueño de sí mismo y podía vivir su vida. Israel experimentó la fuerza de la tentación (“Todo esto te daré, si postrándote me adoras”–Mt 4,9–), y cedió a ella.

Yahveh siguió siendo confesado como el Dios de Israel y el culto principal le fue dado a él. Pero, al introducir junto al culto a Yahveh el culto de los ídolos, imaginaron a Dios como a un ídolo, al que podían mantener a su servicio con un culto externo. Así, el culto dado en el Templo de Jerusalén y el mantenimiento de la dinastía de David en el trono de Judá, aparecían como la garantía de la supervivencia de la nación. La verdadera imagen de Dios se desdibujó en el corazón de Israel.

La decadencia religiosa fue acompañada de la decadencia nacional. En el año 922 a. C. Israel ha sufrido un cisma: la nación se ha dividido entre el Reino del Norte, que se llamará el Reino de Israel, y el Reino del Sur, el Reino de Judá. El Reino de Israel sobrevivirá hasta el 722 a. C., cuando caerá en manos de Asiria. El Reino de Judá durará más, hasta el 587 a. C., cuando caiga ante Nabucodonosor y los judíos sean deportados a Babilonia.

En medio de esta decadencia política y religiosa, los profetas clamaron para hacer que el pueblo volviese al Dios

verdadero: Elías, Amós y Oseas, Isaías y Miqueas, son algunos de estos profetas que clamaron por la verdadera imagen de Dios, por la verdadera adoración de Dios. Pero abarcan un periodo muy amplio de tiempo y nosotros debemos centrarnos en la época que va a contemplar el desastre final de Judá y, en medio del desastre, la luz de un nuevo paso hacia la verdadera comunión del hombre con Dios en Cristo.

Pongamos un ejemplo de la decadencia religiosa. Durante el reinado de Manasés (687 – 642 a. C.) se construyeron santuarios locales a los ídolos y en el mismo Templo de Jerusalén se erigieron altares a dioses astrales. Incluso en el Templo florecieron las prácticas paganas: ceremonias de fertilidad, prostitución sagrada, adivinación, magia y hasta sacrificios humanos². Con el olvido del Dios verdadero se olvidó también su Ley y se multiplicó la violencia y la injusticia.

Un cambio brusco ocurrió durante el reinado de Josías (640 – 609 a. C.). En el año 622 se encuentra una copia de lo que hoy conocemos como el libro del Deuteronomio. Su lectura produce una gran conmoción en el Rey, que afronta una gran reforma religiosa y política en todo su territorio (Cf. 2Re 22,3–23,25; 2Cro 34,1–35,19). Así resume la Biblia la reforma de Josías:

² Cf. JOHN BRIGHT, *La Historia de Israel* (Bilbao, ¹²1970), 373

El rey hizo reunir junto a él a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén, y subió luego a la casa de Yahveh con todos los hombres de Judá y todos los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más grande; y leyó delante de ellos todas las palabras del libro de la alianza que se había encontrado en la casa de Yahveh. Estaba el rey en pie junto a la columna; e hizo alianza con Yahveh, de seguir a Yahveh y guardar sus mandamientos, sus preceptos y sus leyes, con todo su corazón y toda su alma, poniendo por obra las palabras de esta alianza escritas en el libro. Todo el pueblo confirmó esta alianza.

El rey mandó al sumo sacerdote, Helcías; a los sacerdotes de segundo orden y a los que hacían la guardia a la puerta, que sacaran del templo de Yahveh todos los enseres que habían sido hechos para Baal, para Asera y para toda la milicia del cielo, y los quemó fuera de Jerusalén... Expulsó a los sacerdotes de los ídolos, puestos por los reyes de Judá para quemar perfumes en los altos, en las ciudades de Judá y en los alrededores de Jerusalén; a los que ofrecían perfumes a Baal, al Sol, a la Luna, al Zodíaco y a toda la milicia de los cielos. Sacó a "Asera" fuera de la casa de Yahveh, fuera de Jerusalén, al valle de Cedrón, y la quemó allí, reduciéndola a ceniza... Derribó los lugares de prostitución idólatrica del templo de Yahveh, donde las mujeres tejían tiendas para "Asera." Hizo venir de las ciudades de Judá a todos los sacerdotes, profanó los altos donde los sacerdotes quemaban perfumes, desde Gueba

hasta Berseba; derribó los altos de los sátiros que había delante de la puerta del gobernador Josué, a mano izquierda de la puerta de la ciudad... El rey profanó el Tofet del valle de los hijos de Hinón, para que nadie hiciera pasar a su hijo o su hija por el fuego en honor de Moloc. Hizo desaparecer de la entrada de la casa de Yahveh los caballos que los reyes de Judá habían dedicado al sol... Quemó los carros del sol, demolió los altares que había en la terraza de la cámara alta de Ajaz, que habían alzado los reyes de Judá, y los altares que había hecho Manases en los dos atrios de la casa de Yahveh... Profanó el rey los altos que había al oriente de Jerusalén, al mediodía del monte de los Olivos, que Salomón, rey de Israel, había erigido a Astarté, la abominación de los sidonios; a Gamos, la abominación de los moabitas, y a Milcom, la abominación de los amonitas... Josías hizo también desaparecer todos los templos de los altos de las ciudades de Samaría, que habían hecho los reyes de Israel para irritar a Yahveh... Después se volvió a Jerusalén.

Luego mandó Josías a todo el pueblo: "Celebrad la pascua en honor de Yahveh, vuestro Dios, como está escrito en el libro de esta alianza". Ninguna pascua semejante a ésta se había celebrado desde el tiempo en que los jueces juzgaban a Israel ni durante todo el tiempo de los reyes de Israel y de los reyes de Judá. El año dieciocho del reinado de Josías se celebró esta pascua en honor de Yahveh en Jerusalén. Además, hizo Josías desaparecer a los evocadores de los espíritus y a los adivinos, los

“terafim,” los ídolos y todas las abominaciones que se veían en la tierra de Judá y en Jerusalén, para poner por obra las palabras de la Ley escritas en el libro que el sacerdote Helcías había encontrado en la casa de Yahveh....”

(2Re 23,1-24)

Pero el gran rey Josías limitó su reforma, en gran medida, al ámbito externo del culto. Así le pareció al profeta Jeremías, que clamó por una conversión más honda. La falsa seguridad de la supervivencia de la nación, que hasta ese momento se había puesto en la promesa a David, olvidando la búsqueda sincera de Dios, fue corregida con el intento de alejar todo culto idolátrico, pero se creyó que con eso y con una práctica del culto externamente correcta, la promesa de Dios a David permanecía vigente. Es decir: “protección automática a cambio de cumplimiento externo”³.

Jeremías no negó su confianza en la fidelidad de Dios a las promesas hechas a David. Pero entendía que dichas promesas implicaban una fidelidad más honda. Por eso señaló como engaño la confianza popular en la elección eterna de Jerusalén. Y declaró que Dios dejaría abandonada su casa y entregaría la ciudad a la destrucción⁴:

³ *Ibid.* 387

⁴ *Cf. Ibid.* 400

En aquel tiempo - oráculo de Yahveh - sacarán de sus tumbas los huesos de los reyes de Judá, los huesos de sus príncipes, los huesos de los sacerdotes, los huesos de los profetas y los huesos de los moradores de Jerusalén, y los dispersarán ante el sol, la luna y todo el ejército celeste a quienes amaron y sirvieron, a quienes siguieron, consultaron y adoraron, para no ser recogidos ni sepultados más: se volverán estiércol sobre la haz de la tierra...

¿Por qué este pueblo sigue apostatando, Jerusalén con apostasía perpetua? Se aferran a la mentira, rehúsan convertirse. He escuchado atentamente y no hablan a derechas. Nadie deplora su maldad diciendo: «¿Qué he hecho?» Todos se extravían, cada cual en su carrera, cual caballo que irrumpe en la batalla. Hasta la cigüeña en el cielo conoce su estación; y la tórtola, la golondrina o la grulla observan la época de sus migraciones. Pero mi pueblo ignora el derecho de Yahveh.

¿Cómo decís: «Somos sabios, y poseemos la Ley de Yahveh?» Cuando es bien cierto que en mentira la ha cambiado el cálamo mentiroso de los escribas. Los sabios pasarán vergüenza, serán abatidos y presos. He aquí que han desechado la palabra de Yahveh, y su sabiduría ¿de qué les sirve?

Así que yo daré sus mujeres a otros, sus campos a nuevos amos, porque del más chiquito al más grande todos andan buscando su provecho, y desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican el fraude. Han curado el quebranto de la hija de mi pueblo a la ligera, diciendo:

«¡Paz, paz!», cuando no había paz. ¿Se avergonzaron de las abominaciones que hicieron? ¡Avergonzarse, no se avergonzaron; sonrojarse, tampoco supieron! Por tanto, caerán con los que cayeren; tropezarán cuando se les visite –dice Yahveh–. Quisiera recoger de ellos alguna cosa –oráculo de Yahveh– pero no hay racimos en la vid ni higos en la higuera, y están mustias sus hojas...

Sí, he aquí que yo envío contra vosotros sierpes venenosas contra las que no existe encantamiento, y os picarán –oráculo de Yahveh–...

He aquí el grito lastimero de la hija de mi pueblo desde todos los rincones del país: «¿No está Yahveh en Sión? ¿Su Rey no mora ya en ella?»

(Jr 8,1-19. Cf. Jr 7,1-15)

Pero la voz de Jeremías no fue escuchada. Además Josías murió y la reforma decayó. Judá estaba abocado a la ruina nacional y a la oscuridad religiosa. En el año 597 a. C., Judá sufre una primera deportación. Entre estos primeros deportados estaba Ezequiel, el que luego se revelará como gran profeta del exilio. Pero el desastre total llegará diez años después, en el 587 a. C. El ejército de Nabucodonosor convirtió Judá en un matadero, llegó a Jerusalén, incendió la ciudad, arrasó sus muros y el Templo fue reducido a escombros. Algunos oficiales, eclesiásticos, militares y civiles y los ciudadanos principales, fueron llevados ante Nabucodonosor y ejecutados, mientras que

un grupo numeroso de población fue deportado a Babilonia⁵. La población fue diezmada y el Reino de Judá dejó de existir.

“Israel había perdido su país; había perdido su templo. Para la mentalidad de entonces era algo inconcebible, pues ello significaba que el Dios de Israel había sido vencido, el Dios al que se le había podido arrebatar su pueblo, su país y sus adoradores. Un Dios incapaz de defender a sus adoradores y su adoración era entonces considerado como un Dios débil, mejor, un Dios inútil. Había renunciado a ser Dios. Para Israel, el exilio de su tierra y el haber sido borrado del mapa de los pueblos provocó una terrible tentación para su fe. ¿Ha sido vencido nuestro Dios? ¿No queda ya nada de nuestra fe?”⁶ La oscuridad religiosa ha llegado: ¿No estaba el Templo en Jerusalén? ¿No prometió Dios la permanencia del sucesor de David en Jerusalén? ¿No hicimos la reforma empujados por el rey Josías? ¿Cómo puede haber llegado el desastre? ¿Será que nuestro Dios ha roto su promesa? ¿Qué tipo de Dios es un Dios que no es fiel a su palabra? ¿O es que hay otros dioses más poderosos que el nuestro? ¿Es nuestro Dios el verdadero Dios?

⁵ *Ibíd.* 395

⁶ RATZINGER, *En el principio creó Dios*, 22-24

3. PURIFICACIÓN E ILUMINACIÓN DE LA FE DEL PUEBLO DE DIOS

El dolor y la oscuridad obligaron a Israel a volverse a Dios y buscar y a esperar de él una nueva luz. Hicieron superar a Israel una imagen empequeñecida de Dios. Se lo habían imaginado como si fuese “siervo de Israel”, cerrado en los límites de este pueblo y deudor de fidelidad, por las promesas hechas a David. En la nueva situación de sufrimiento y de pública humillación, Israel llegará a comprender que las promesas de Dios exigían también de ellos una respuesta que iba más allá de un cumplimiento superficial de la Alianza establecida al salir de Egipto. Las promesas de Dios exigían la fidelidad de corazón, la disposición a escuchar y a obedecer. Es decir, las promesas divinas no dejaban a Dios como deudor del pueblo, sino más bien al revés. Por eso el profeta Jeremías, en los años inmediatamente anteriores al desastre, y luego el profeta Ezequiel, ya en el destierro, en Babilonia, anunciarán la necesidad de una “nueva alianza”, inscrita no ya en la piedra, sino en el “corazón” (Jr 31,31-33; Ez 36,25-28). Israel necesitaba que Dios mismo transformase el corazón de su Pueblo, en una nueva Alianza, que le permitiese adorarlo “en espíritu y verdad” (Cf. Jn 4,23).

La nueva luz no surgió sino en medio de una gran oscuridad. La deportación echaba por tierra la idea de que las promesas hechas a David significaban la permanencia del Reino de Judá frente a todos sus enemigos. Aparentemente el Dios de Israel, que había perdido al pueblo que lo adoraba, que había perdido su lugar de culto, el Templo de Jerusalén, había sido vencido por dioses más poderosos, los dioses de Babilonia, donde los judíos deportados podían ver un esplendor y una grandeza nunca imaginada por ellos antes de ser arrancados de Jerusalén. En Babilonia pudieron contemplar liturgias grandiosas, “como la liturgia del año nuevo, en la que se celebraba y se realizaba una nueva creación del mundo”⁷. Algunos judíos apuntaron otra posibilidad: el Dios de Israel había sido injusto con ellos, no había sido fiel a sus promesas. La tentación de abandonar la fe de Abraham estaba servida, porque ni un “dios vencido”, ni un “dios injusto” es digno de adoración. Era la hora de la oscuridad.

En medio de esta oscuridad Dios hizo brillar su luz en la palabra de los profetas: la fe mezquina de Israel debía purificarse y crecer. Israel debía purificar sus pecados, levantar la vista hacia los verdaderos planes de Dios y avanzar hacia un futuro que sólo Dios tenía en sus manos. La afirmación de Dios creador de

⁷ Cf. RATZINGER, *En el principio creó Dios*, 24-25

todo, sirvió tanto para rechazar la tentación de abandonar al Dios de Abraham y ponerse en manos de los dioses babilonios, como para sustentar la esperanza: el Dios de Abraham es el Dios creador del cielo y de la tierra, es decir, el que tiene todo en su mano, el único soberano de todo. Porque no hay nada que no tenga su principio en él, él gobierna a los pueblos, no sólo a Israel. El ha permitido la humillación de Israel para purificarlo y sólo él es la esperanza del pueblo humillado. El sufrimiento presente no escapa al poder y a la misericordia de Dios. Por tanto, es posible mantener la esperanza.

El Señor del cielo y de la tierra es el que liberó a Israel de la opresión del poderoso Faraón. Y, tal como fue salvado de la esclavitud de Egipto, Israel será salvado de nuevo por la mano poderosa del único Dios verdadero (Is 43,16-19; 44,24-28). Pero más allá de la esperanza en el futuro de Israel, de la seguridad de que saldrá de aquel trance terrible, la afirmación de Dios creador del Cielo y de la Tierra, soberano de todo, origen del universo y de la historia, que proyecta su plan sobre todo hombre, servirá para que el pueblo de Dios atisbe una nueva luz: su destino, el destino final de la descendencia de Abraham, está unido al destino de todos los pueblos. El plan de Dios es más amplio que el que ellos habían podido sospechar hasta entonces. El plan de Dios abarcaba a todos los pueblos (Is 45, 12-25; 56,1-9; 66,18-24).

E Israel tenía un lugar de gran responsabilidad en este plan universal de Dios (Is 49,1-12). El plan del Dios creador de todo y soberano de todo acabará con una recreación de todo: el cielo y la tierra serán recreados (Is 41,17-20; Is 66,22).

Y estas afirmaciones, un plan de Dios que abarca a todos los pueblos, anunciada como una nueva creación, y el papel decisivo de Israel en la consecución de ese plan, serán dos ideas determinantes cuando el camino de la revelación de Dios, el camino de la comunión de Dios y el hombre, llegue a su plenitud. Servirán para entender que Aquel que viene como cumplimiento de las promesas hechas a Abraham, a Moisés y a David, Jesucristo, puede mostrar la pretensión de que el destino final de todos los pueblos y de todos los hombres, dependen de él.

Servirán, pues, para entender, que Jesús no es sólo “el Mesías” –un título judío que hacía referencia al significado y a la misión que un hombre tenía respecto a Israel–, sino “el Señor” –que era el nombre que la traducción griega de la Biblia dio al Dios que extiende su dominio sobre todo el mundo y la historia. Jesús es Dios verdadero, el que tiene en su mano toda la creación, por quien fueron creadas todas las cosas, el soberano de todo. “Soberano de todo” se dice, en griego, “pantocrátor”, y se representó muy pronto en el arte cristiano con la imagen de

un Cristo glorioso, resucitado y sentado en el trono de Dios, desde el cual conduce y gobierna la historia con su bendición. Por eso hemos elegido una representación de Cristo Pantocrátor como portada de esta serie dedicada a “Dios creador”. Él es quien hace nuevas todas las cosas (Cf. Ap 21,5)

Por tanto, Jesucristo, el Señor, el Soberano de todo, tiene en su mano la salvación de todos los hombres. Si él ha podido obrar la salvación con su Encarnación, muerte y resurrección es porque es el Señor del Cielo y de la Tierra, que se ha unido al hombre y ha vinculado el destino final del hombre con el suyo propio: la resurrección.

Jesús es la descendencia de Abraham, por quien son bendecidos todos los pueblos. En Jesús, el diálogo de Dios con Abraham, el diálogo de revelación y fe, alcanza a todos los hombres. Él puede proclamarse como el destino final de todos los hombres porque es el creador de todo y de todos. Él puede exigir a todos la fe en él, porque es la verdad de su ser y de su existir.

La fe en Dios creador es fundamental para entender que los dones ofrecidos por Cristo, el de la reconciliación y el de la filiación adoptiva, tienen un alcance universal. Él es el único Salvador de todos los hombres: “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros podamos

salvarnos” (Hch 4,12). Ante él, principio y fin de todo, cada hombre se juega su propio destino. En la respuesta libre que se ve impelido a dar a la llamada de Cristo –llamada a la reconciliación y a la comunión de vida con él–, cada hombre se juega la consecución o el fracaso de su vida, que su persona “se logre” o “se malogre”: “Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura. El que crea y se bautice, se salvará. El que se resista a creer, será condenado” (Mc 16,15-16).

4. EL RELATO DE GÉNESIS 1,1-2,4a

Como dijimos en el primer capítulo, Israel tuvo siempre la idea de que Dios es un Dios creador de todo. Esa idea se afianzó y se profundizó en la Pascua, en la liberación de Egipto y en la Alianza del Sinaí. El poder mostrado por Dios ante el aparente poder total de Faraón, manifiesta que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob era Dios verdadero. El poder mostrado por Dios al poner los elementos de la creación al servicio de su pueblo, pudo hacer entender que su Dios tenía todo bajo su poder, y eso sólo podía ser porque era el creador de todo, del cielo y de la tierra.

Pero es en el exilio cuando Israel, en medio de la oscuridad y de la prueba, tiene que echar mano de la memoria, recordar su

historia, la obra de su Dios en ella y abrirse a una nueva profundización de la fe. Será entonces cuando el tema de Dios creador adquiriera un gran protagonismo. Tanto que los expertos creen que el relato de Génesis 1,1-2,4a alcanzó en este tiempo su forma actual, aunque contase con tradiciones mucho más antiguas.

Humillado y vencido, Israel se encuentra en Babilonia con una religión aparentemente victoriosa, que en el relato llamado de "Euma Elisch" expresaba su idea del origen del mundo. "Allí se cuenta que el mundo surgió de una pelea entre poderes contrapuestos y que encontró su propia forma cuando el dios de la luz Marduk apareció y despedazó el cuerpo del dragón primitivo. De este cuerpo despedazado habrían surgido el cielo y la tierra. Ambos a la vez, el firmamento y la tierra, serían el cuerpo destrozado del dragón muerto. Y de su sangre, Marduk habría creado a los hombres. Nos encontramos aquí con una terrible imagen del mundo y del hombre. Propiamente el mundo es el cuerpo del dragón y el hombre lleva en sí mismo sangre del dragón. En las profundidades del mundo acecha lo terrible y en lo más hondo del hombre se encuentra la rebelión, lo demoníaco y el mal. Se trata de una imaginación, según la cual sólo el

representante de Marduk, el dictador, el rey de Babilonia, puede hacer frente a lo demoníaco y poner en orden al mundo”⁸.

No es un relato ingenuo, no es un cuento para niños, al contrario, intenta dar explicación a una experiencia bien dolorosa para el hombre: el mal evidente que observa no sólo a su alrededor, sino en su propio ser. El aparente desgarramiento entre el deseo de bien y el mal, que tantas veces se nos impone, parecería dar razón al mito babilónico: es decir, que todo lo que existe, también el mismo hombre, tiene su origen en la lucha de poderes contrapuestos, en dos principios, dos “dioses”, uno bueno y otro malo, que compiten entre sí. Es una visión “dualista” de la realidad y de su origen. Implica que no hay un verdadero Dios que esté en el origen de todo y por tanto, que el fin del hombre y del mundo es también una lucha sin fin y, en último término, la destrucción.

Sin embargo, ante la experiencia del mal, ante la oscuridad y el dolor, la Biblia da otra respuesta muy distinta. Esa respuesta tiene tres afirmaciones básicas⁹. La primera de esas afirmaciones la dice Gn 1,1-2,4a: Sólo hay un principio de todo. Ese principio es bueno y, por tanto, todo lo creado es bueno. Ese principio es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de Israel, que tiene en su mano todo lo que existe, todo creado por él. La segunda

⁸ RATZINGER, *En el Principio Creó Dios*, 25

⁹ BENEDICTO XVI, *Aprender de san Pablo* (Madrid, 2009) 105-106

afirmación de la Biblia, dicha en el capítulo tercero de del Génesis, es que el origen del mal que todos podemos observar y experimentar no está en el origen del ser, sino en el abuso de una libertad creada, y que, por tanto, no tiene un poder definitivo sobre los seres. La tercera afirmación dice que el mal que experimentamos ya ha sido vencido. Pero esta afirmación no se dice en el Génesis, sino en el Evangelio. El próximo curso lo dedicaremos a mostrar el misterio del hombre creado por Dios y también abordaremos el misterio del pecado original, del mal y de la victoria de Cristo sobre el mal.

Centrémonos en la primera de las afirmaciones, la que corresponde al primer capítulo del Génesis. En resumen dice: “Sólo hay un principio de todo. Es bueno. No hay lucha entre un dios bueno y otro malo, porque todo tiene como principio el Dios bueno. Y la obra creada por él es buena en la raíz de su ser”. Como hemos dicho, sólo este principio puede asegurar que el Dios de Israel gobierne todo y lo conduzca hacia el bien definitivo. Ahora, el texto lo dice de muchas maneras.

Lo dice ya en el primer versículo: “En el principio creó Dios el cielo y la tierra”. La expresión “cielo y tierra” es la forma de compendiar “todo lo que existe, todo lo real”. Si Dios ha creado todo, ningún ser puede presentarse como competidor suyo en el origen. El verbo hebreo que traducimos por “creó”, es “bará”.

Expresa una acción de Dios que no tiene analogía o parecido alguno con cualquier acción del hombre. El hombre fabrica, obra o, incluso, crea, siempre a partir de algo y con un proceso que implica labor, trabajo, esfuerzo. Pero el verbo “bará” indica una acción independiente de toda materia previa y sin esfuerzo alguno en la obra realizada¹⁰. Indica una acción que depende sólo de la soberanía, de la voluntad de quien la lleva a cabo. Al decir con este verbo que Dios creó todo, se está afirmando su absoluta soberanía e independencia de cualquier otro principio.

El segundo versículo vuelve a decirlo también, de otra forma: “la tierra estaba desierta y vacía”. No hay nada junto a Dios que compita con él, que pudiese luchar contra él.

Las ideas de los dos primeros versículos se desarrollarán con el paso del tiempo, hasta afirmar que “Dios creó de la nada” (2Mac 7,28). Es decir: Dios, para crear, ni siquiera necesitó una materia a la que “dar forma”. Se muestra así de forma absoluta, la dependencia de la creación respecto del Creador.

El tercer versículo dice que Dios creó la luz. Pero lo dice de una forma que nos sorprende. Primero porque Dios crea la luz sin necesidad de los astros, que serán creados después (v. 14-18). El sol, la luna y las estrellas no son dioses a los que el hombre ha de adorar, como afirmaban las religiones con las que tuvo que

¹⁰ Cf. LEO SCHEJECZYK, “Creación y Providencia”. En: MICHAEL SCHAUS – ALOIS GRILLMEIER, *Historia de los Dogmas*, tomo II (Madrid 1974), 5.

convivir Israel, sino cosas creadas por Dios. Al decir que son creados por Dios y que han sido puestos al servicio de la obra creada, para señalar el paso del tiempo, para indicar las fiestas y las estaciones, se está diciendo que no son dioses. Están no sólo al servicio de Dios, sino al servicio del hombre. La vida del hombre, la luz, no dependen de ellas, sino sólo de la voluntad de Dios.

En segundo lugar Dios crea con el poder de su Palabra: “dijo Dios”. Y esta expresión se repetirá en cada obra de la creación: Dios crea todo por su Palabra. Esta forma que tiene Dios de crear, por medio de su Palabra, también se desarrollará más adelante, identificando esta Palabra con la “Sabiduría” de Dios y con el Logos (=Palabra y Verdad). Así lo escuchamos ya en Jn 1,1-3: “En el principio existía la Palabra (“Logos”), y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe” (Jn 1,1-3). El mundo tiene su origen no en la lucha, sino en la razón y la verdad de Dios. El mundo no es una oscura lucha de poderes divinos que el hombre debe temer, sino un mundo gobernado por la razón, donde él puede moverse con libertad.

Pero la creación “por la Palabra” también dice algo sobre Dios: Él es Espíritu, un ser espiritual, distinto del mundo. Él está más allá del mundo que crea y no se confunde con él. Dios es

trascendente y, por tanto, verdaderamente libre ante el mundo, verdaderamente soberano sobre él. El mundo creado por Dios no es Dios. Ninguna de sus obras es Dios. ¿Qué importancia tiene esto? –Una fundamental. Es el presupuesto de la verdadera identidad del hombre creado, de su verdadera libertad y, por tanto, de la posibilidad en entablar diálogo con Dios. El diálogo de revelación y fe, entre Dios y el hombre, que culminará en Cristo, es real, no un espejismo. La llamada de Abraham es una verdadera llamada de Dios, no es una imaginación de Abraham, sino la llamada de Otro, que todo lo penetra, hasta la propia conciencia, pero que está por encima de todo y más allá de todo. El hombre es libre delante de Dios, puede acoger o rechazar su amor, su vida es valiosa porque es digna de mérito o de reprensión.

Para entender el valor de la afirmación de la trascendencia de Dios, la distinción entre Dios y el mundo, entre Dios y el hombre, hay que prestar atención a las afirmaciones contrarias. Desde antiguo hasta hoy, una de las formas de explicar el ser de las cosas, del hombre y de Dios, ha sido decir que, en realidad, mundo, hombre y Dios son distintas manifestaciones de una misma y única realidad. Se trata de diversos modos de “monismo”. La afirmación principal del monismo es que no hay principios creadores y seres creados, sino que todo es lo mismo.

La segunda afirmación tiene dos variantes: o todo es Dios (panteísmo espiritualista) o todo es materia (monismo materialista). El universo entero es una unidad que fluye en el transcurso del tiempo y se confunde con Dios y Dios con él. Si existe Dios, éste no es un ser personal, sino el Universo mismo, la Naturaleza. Y una de dos, o esta unidad que fluye en la historia es el devenir de una “conciencia” y, entonces, todo es, en realidad la emanación de un principio espiritual (panteísmo espiritualista). O, por el contrario, sólo existe la materia y el fenómeno de la inteligencia y de los actos de los hombres son sólo una pura transformación de materia y de la energía (monismo materialista). En cualquier caso no existe la libertad. Cualquier cosa que se le parezca es pura apariencia. El hombre está determinado bien por un espíritu que lo engloba en un proceso superior, bien por las leyes de la materia y de la energía. Y, si esto es así, el hombre debe someterse. Es inútil cualquier suspiro por algo más grande. Es inútil anhelar la dicha o el bien o la verdad. Todo es el resultado de un proceso necesario donde no existe libertad alguna.

Sin embargo, desde el principio de la revelación, la experiencia del Pueblo de Dios contradice esta teoría. Esta experiencia dice que Otro nos ha salido al encuentro. Alguien que, por un lado nos concierne en lo más profundo del alma

porque, sin conocerlo, nuestro corazón suspiraba por él. Pero, alguien mucho más grande y perfecto que lo que nadie hubiese podido imaginar. Y en este encuentro hemos sido llamados a una verdadera relación de amistad, una relación que implica dos libertades, la de Aquel que nos ha salido al encuentro y la nuestra. Hay un “Tú” que está más allá de nosotros y más allá de nuestro pequeño mundo, más grande que el universo infinito. Ese “Tú” es el que nos hace estar en el mundo como un “yo” que ha de responder.

Al escuchar la Palabra de Dios, Abraham no hablaba consigo mismo, Moisés no hablaba con las piedras, Juan, el Apóstol, no hablaba con una energía cósmica, sino con un Tú verdadero, una realidad personal, dueña de sí, que libremente ha querido llamar al hombre, comenzar con él un camino de amistad y llevar este camino de amistad hasta la realización y expresión de un amor extremo (“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” –Jn 13,1–).

El relato de Gn 1, hablando del origen del mundo y del hombre, dice “no” al esquema monista, tanto al panteísmo como al materialismo. Dios y el hombre se distinguen. Dios es libre y el hombre es libre. No se confunden. Dios ha creado todo. Lo ha creado todo distinto de sí, con su propia consistencia, con sus propias leyes, y lo ha creado por su Palabra. Entre ellos es

posible el diálogo y el amor verdadero. El mundo y la historia son el marco de este diálogo de libertad entre Dios y el hombre. La estructura del acto creador de Dios, que se desarrolla durante seis días y que desemboca en el séptimo como día del descanso y día sagrado (Gn 2,1-3), indica el fin de la creación: la adoración de Dios, adoración a Dios, que al final se revelará como un acto de amor filial, el amor propio del Hijo que se hará hombre en esta creación para introducirnos a los hombres en la vida de Dios.

Justamente éste es el punto final hacia el que conduce el relato de la creación: la adoración de Dios. “La creación está de tal manera configurada que se dirige hacia el momento de la adoración. La creación se hizo para ser espacio de oración. Llega a su perfección y se justifica si se vive siempre de cara a la adoración”¹¹. Todo ha sido creado para llevar a este punto de encuentro entre Dios y el hombre, que es la verdadera adoración. La creación que Dios ha puesto en marcha con su Palabra, que es su Hijo, busca desde el principio aquel día en que la Palabra hecha carne nos una a sí, nos haga hijos de Dios y nos lleve a la verdadera adoración de Dios, aquella adoración en “espíritu y verdad” (Cf. Jn 4,23), aquella adoración guiada por el propio

¹¹ RATZINGER, *En el principio creó Dios*, 43

Espíritu del Hijo (Cf. Gal 4,5-7), que se une a nuestro espíritu y nos hace clamar “Abba”, Padre (Cf. Rm 8,15-16).

El relato de la creación no es un mero texto de resistencia nacional judía después de haber sido vencidos. Al fin, es una llamada a la verdadera adoración de Dios, aquella por la que clamaba el profeta Jeremías pero que aún tardaría en llegar. Ahora, vencidos, lejos de la propia tierra, lejos del Templo, el Pueblo de Dios se ve obligado a elevar sus ojos al Dios Absoluto, y reconocer que a un Dios así, no le corresponde un aspecto parcial del hombre, un pequeño acto de culto que se relaciona con Dios como con un aspecto parcial de la existencia. Aquí se manifiesta la raíz de un culto verdadero a Dios y la raíz de un culto errado. El culto a Dios no puede consistir en una especie de compra de ciertos favores divinos a cambio de sacrificios grandes o pequeños, de ofrendas grandes o pequeñas. Sortear una enfermedad o una difícil situación, disfrutar de fortuna, de bienes y de placeres, adquirir poder que nos permita controlar la realidad que nos rodea. Estas son las cosas que se piden a los ídolos a cambio de pequeñas dádivas o sacrificios. Pero el culto a Dios no puede consistir en eso: Primero, porque Dios es el Señor de todo y no necesita que nosotros le ofrezcamos nada. Segundo, porque nosotros no estamos hechos para eludir una enfermedad, para disfrutar de una efímera fortuna o para poder controlar

algo nuestro entorno con un poco de poder. Ese es el culto propio de los ídolos, pero no del Dios verdadero.

El verdadero culto tiene que ver con el ser de Dios y con nuestro ser, tiene que ver con nuestro origen y con nuestro fin, con el fin único para el que el hombre fue creado. Dios no es un pequeño ídolo, sino el Creador de todo. Nosotros hemos sido creados para adorarlo. Ese es nuestro fin y nuestra dicha. Y la adoración a Dios se concluye en el amor verdadero que nos toma por entero: “con toda tu alma, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas”. Es el precepto fundamental con el cual la Ley de Dios expresa la Alianza entre Dios y su Pueblo. Cuando el escriba, le pregunta a Jesús sobre el precepto fundamental de la Ley, Jesús responde así: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento” (Mt 22,37-38). Para Israel, el sábado, el día del descanso, significa esta Alianza y la Ley que conlleva. Y la creación conduce al sábado y se concluye en el sábado. La verdadera adoración de un Dios que ha creado todo, que todo lo tiene en su mano, es una adoración que implica al hombre entero, que sólo puede ser la respuesta que moviliza todas las potencias de la razón, todos los afectos del corazón, todos los esfuerzos de la vida. Y esto sólo puede ser verdad si Dios no es sólo el Dios de un pequeño pueblo, sino el Dios universal, que

todo lo ha creado y que tiene en sus manos el destino de todos los pueblos.

El relato de la creación nos muestra la creación no sólo como la justificación de la fe en un Dios cuyo culto verdadero implica todo el hombre y lo más hondo y decisivo del hombre, no sólo como la justificación de que en esta adoración el destino de Israel acaba haciéndose el destino de todos los pueblos, sino que ella, la creación, es en realidad la primera llamada universal a la verdadera adoración de Dios. Eso lo hace estructurando la creación en siete días, lo hace colocando la creación del hombre en el día sexto, diferenciando su creación y situándola en un diálogo interno, y mostrando el séptimo día como día del descanso.

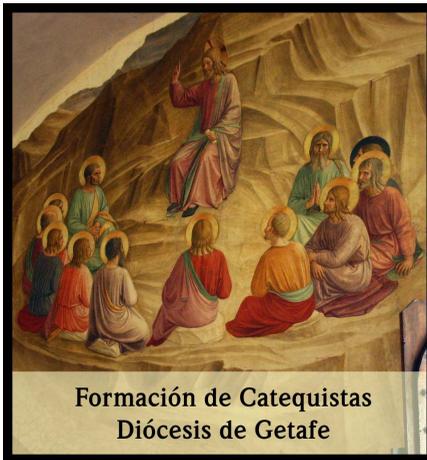
El día del descanso, el día dedicado a Dios no es un añadido a la creación, sino la plenitud de la creación. No existe ningún otro fin para el hombre. El hombre ha de alcanzar a Dios o, en realidad, no alcanzará nada. El corazón del hombre no podrá descansar en la obra creada, ni en sí mismo, ni en sus semejantes, sólo en el creador. Eso nos lleva a concluir nuestra reflexión sobre el relato de la creación con la famosa sentencia de san Agustín: "Quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación. Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en

alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”¹².

Por eso, cuando la Palabra creadora tome carne, se haga hombre, y se encamine, con esta carne que ha tomado, por la cruz y la resurrección, hasta la gloria de Dios, grita desde la explanada del Templo: “Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12). El destino universal a la verdadera adoración de Dios se juega en la adhesión a la persona y al camino de Jesús, aquel en quién “habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Col 2,9).

Enrique Santayana Lozano C. O.
– Director del Secretariado de Catequesis
de la Diócesis de Getafe –

¹² SAN AGUSTÍN, *Confesiones*. BAC. Obras Completas II (Madrid, ⁸1941) 73.



**Formación de Catequistas
Diócesis de Getafe**